

El cáliz

Era verano, creo. Casi siempre íbamos a Miramar en verano. Por tren, desde Mar del Plata. Pero aquella vez, y sin que yo tenga ahora una explicación, llegamos caminando, con papá y con el tío. Además desconocí esa zona, del arroyo hacia el norte que, como la recordaba, era rica en chalets más o menos elegantes y, ya por entonces, con casi todas sus calles asfaltadas. Lo que veía ahora era, en cambio, dunas extensas y bajas y extrañamente salpicadas de vegetación. Por momentos me parecía existir un rústico trazado de calles, ya algo borroneadas por el viento y la marea. Pero estábamos a doscientos o trescientos metros de la costa. ¿Era posible que la creciente llegase hasta allí? Muy pronto habría de averiguarlo.

El día, nuboso y pesado, traía algo como de irrevocable. Sentí que caminábamos tranquilos, aunque serios, como cumpliendo con una tarea adusta. Intuí, niño, que aquello no formaba parte de las vacaciones.

De repente, papá gritó:

-¡Crece!

No fue una voz angustiada, ya que parecía lo de rutina: el agua espumosa lamiendo los pies, los bártulos -sillas y sombrillas, específicamente- replegados apuradamente o arrastrados en desorden por el reflujo del oleaje ínfimo y doméstico de los balnearios.

Pero inmediatamente descubrí que me iba a mojar un poco más allá de los tobillos. Recién cuando el agua me llegaba a los muslos, pensé que ya había sido bastante. Con todo, siguió subiendo hasta que me arrastró. De papá y el tío perdí toda señal. En verdad, ya sólo pensaba en que me estaba ahogando. Algo curioso que registro ahora es que no fui llevado hacia afuera, sino en dirección oeste. Esto, en principio, no resulta extraño, siempre que después se produzca el

movimiento contrario y uno sea arrastrado mar afuera. Pero no ocurrió y, de cualquier manera, para mí era agua por todos lados, pura y única. En algún momento reflexioné, vertiginosamente, sobre mi muerte. O, más que reflexionar, me pregunté si finalmente había llegado la hora. Y no me angustiaba esa posibilidad tanto como intuir que en pocos segundos más comenzaría a aspirar agua y me asfixiaría. Pero pasados esos instantes de desespero, noté que no me ahogaba. Pensé primero que acaso tendría la cabeza afuera del agua. No era así, estaba bien y completamente sumergido. Respiraba, no obstante. ¿Branquias, vestigiales agallas repentinamente activadas por la necesidad?, me interrogo ahora. Lo ignoro, creo que no lo sabré nunca porque, sin transición notable, ya flotaba yo en no sé qué, agua, éter, flogisto, viendo desprenderse los rollos del interior del Vaso. Eran como tiras plegadas sobre la cara interna de una taza de café con leche, vacía. Y supe, vi que contenían los nombres de los que iban a revivir, o a vencer la muerte por la Gracia. Y allí figurábamos todos, toda mi gente. No estábamos enumerados uno por uno, pero el texto expresaba que había de salvarse la familia, como un todo. Claro, yo sabía que podía contar con reencontrar a papá y al tío cuando menos pero, ¿cuál era el alcance preciso de la palabra "familia"? Consideré, dadivosamente, una acepción amplia y genérica, un sentido de gens, acaso de clan. Un decreto favorable hasta los límites más atávicos de la consanguinidad, directa o colateral. Sea como fuere -o como haya de ser-, estimo que mi preocupación estaba, y está, plenamente justificada. De hecho, alcancé a leer los nombres de familias que no me eran desconocidas, y que se mencionaban haciendo específica alusión a algunos de sus integrantes, no a todos.